



LA CIUDAD DEL ALCOHOL

Enrique Medina

Comienzo a sentirme mal, las muchas copas que llevo en el cuerpo comienzan a pasar factura, pero no puedo parar, bebo sin freno, compulsivamente. Estoy mareado, apenas puedo mantenerme en pie. Necesito aire, salgo a toda prisa del garito donde acabo de apurar la última bomba. A escasos metros diviso un banco donde poder aposentar mi maltrecho sentido de la verticalidad. A duras penas logro alcanzarlo, intento sentarme, no puedo, me derrumbo en mi duro y momentáneo lecho. ¡Qué dolor de cabeza! Las sienas me palpitan como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiera acumulado en ellas. Con mucho esfuerzo logro abrir los ojos. Absorto, estupefacto, contemplo el extraño jardín en el que me encuentro. Los árboles no pa-

recen naturales, las plantas, las flores tampoco. Existen multitud de fuentes, aunque no mana nada de ellas.

No sé donde estoy, esto no es la Prospe. Me van a echar de la obra, llevamos un mes de remodelación del Mercado y es el tercer día que no llego a tiempo.

¡Qué resaca más rara! porque tan extraña visión tiene que ser consecuencia de la tremenda borrachera de ayer. Cierro los ojos, no quiero abrirlos. Me pellizco, para comprobar si estoy despierto.

¡Ay! ¡Qué daño! ¡Qué bruto soy! ¡Que me estoy pellizcando a mí mismo, no es necesario apretar tanto! Es evidente que me he desperdado.

¡Veo lo mismo! Aún me dura el efecto del alcohol. Seguro que solo existe una fuente, y yo creo que hay muchas. Anoche caí redondo en

cualquier parque de la ciudad, por eso veo árboles, plantas. Un chorro de agua fría me hará mucho bien, refrescará mi dolorida cabeza, y despejará los abotargados sentidos.

Acerco la cabeza al caño, y sin necesidad de manipular ninguna llave se pone en marcha. Un líquido pegajoso, comienza a recorrer mi rostro. ¡Huele a vino! Tras paladearlo, confirmo que es el néctar de Baco.

Convencido de mi alucinación recorro todas las fuentes y de cada una de ellas mana un licor alcohólico distinto: cerveza, whisky, brandy, cava, etc.

Corro como un poseso, grito con toda la fuerza que me permiten los pulmones, hasta que exhausto me dejo caer.

Por fin alguien se apiada de mis ruegos y acude en mi ayuda.

- ¿Qué le ocurre caballero?
- Necesito que me traslade a un hospital. Padezco alucinaciones.
- ¿Alucinaciones?
- Sí. Veo muchas fuentes y de ellas manan todo tipo de bebidas alcohólicas.
- ¿Está usted seguro?
- ¡Segurísimo!
- Si es así, está usted perfectamente
- ¡Usted está peor que yo!
- Tranquilícese. Los dos estamos en perfecto estado. Usted acaba de arribar al paraíso del borracho.

Mi cara tiene que ser un verdadero poema, porque el hombre, tras posar una de sus manos en mi hombro derecho, continúa su perorata.

- En este lugar tiene a su disposición libre y gratuitamente toda la bebida que desee.
- ¿Toda?
- Toda, sin excepción.
- ¡Qué bien! Aunque en este momento necesito agua para lavarme y mitigar la resaca.
- ¡No! ¡No nombre a ese asqueroso líquido! ¡Pueden encarcelarlo por ello! ¡Es una palabra tabú!
- Pero...
- No hay peros que valgan. Anoche, usted ingirió una tremenda dosis de alcohol y tuvo la suerte de ser recogido por uno de nuestros equipos móviles.
- ¿Qué dice? ¿Qué es eso de equipos móviles?

- Usted se encuentra en Alcoholandia, un pequeño territorio en el que se refugian todos los adictos al alcohol...

- ¡Yo no me he refugiado! He venido a la fuerza. Me han trasladado aprovechando mi estado inconsciente. Trabajo de albañil en el Mercado de Prosperidad y si no voy corriendo me van a echar de la obra. Le agradezco mucho, muchísimo su intención, pero tengo que salir de aquí ya, no puedo demorarme más, me van a echar del trabajo y no están las cosas para andarse con bromas.
- Nuestros equipos móviles patrullan las 24 horas del día para evitar que las personas como usted, y como yo, caigan en las garras del mal llamado Instituto Nacional de la Salud. ¿Cómo pueden llamar salud a no beber? Tiene que dar gracias a nuestros equipos de rescate.
- Perdone, insisto, no quiero molestarle, pero quiero regresar al lugar donde anoche me desplomé.
- Es imposible. Nadie puede marcharse.

Intento caminar y el extraño personaje lo impide, situándose frente a mí. Intento esquivarlo en varias ocasiones, hasta que harto de su impertinencia, le propino un fuerte empujón que da con sus huesos en el suelo.

- ¡A mí los alcohólicos!
- Un tropel de gente acude en su ayuda. Me rodean y me maniatan en un instante.
- Será trasladado a la sala de juntas. Allí el Sumo Bolinga decidirá su castigo.

Opto por guardar silencio, convencido que estoy sufriendo una de mis clásicas alucinaciones, -más fuerte y duradera de lo normal-, tras una de las muchas noches en las que concluyo ebrio, aunque esta vez es demasiado real y desde luego creo que la he liado gorda. Vivo desde pequeño en la Prospe, he visto deteriorarse a la vez al mercado y mi salud, evidentemente por circunstancias distintas, uno por antigüedad y el otro, o sea yo, por mis continuas borracheras. Me ha hecho mucha ilusión que me contratasen de peón en la obra que va a restaurar el Mercado, he de reconocer que gracias a un par de amigos (los únicos que conservo, los únicos que aguantan mi avinagrado carácter cuando me embolingo), Adolfo y Roque, propietarios de la empresa encargada de la restauración. El Merca-

do de la Prospe y yo nos llevamos pocos años. Yo nací en 1965 y el mercado en 1954, y creo que tras la reforma el mercado va a quedar hecho un chaval y yo para tirarme al vertedero, pero con cuidado, para que no multen al que lo haga.

Tras un corto recorrido, penetramos en una gran sala, con forma de auditorio. Al fondo, sentado en una silla que parece una bota de vino, hay una persona, que sostiene una botella de ron en una mano y con la otra ingiere whisky, o al menos eso parece por la botella.

Su indumentaria está hecha a base de etiquetas de conocidas marcas de vinos. En la cabeza lleva un gorro que asemeja un viñedo, y su calzado es una perfecta imitación a una bodega, con sus cubas en los lados, y el pasillo central, por donde se visitan, es la parte abierta para ubicar sus pies.

- ¡Oh Sumo Bolinga! ¡Perdona nuestro atrevimiento por interrumpir vuestra cogorza de las once!

- ¡Muy grave tiene que ser el motivo!

- ¡Un amotinado!

- ¿Un amotinadoooo?

- ¡Sí, Majestad de la Curda!

- ¿Cuál es la causa?

- ¡Quiere marcharse de Alcoholandia!

- ¡No! ¡Sacrilégio! Que le bañen en cerveza muy fría durante diez minutos y después que le introduzcan en la piscina de mosto durante otros diez.

Intento defenderme.

- ¡Esto es un secuestro! ¿Con que autoridad puede impedir mi marcha?

- Con la que usted me confiere por sus continuas borracheras. Usted ya solo puede vivir en Alcoholandia.

- ¡No quiero vivir aquí! ¡Quiero regresar a mi mundo!

- Este es su lugar. ¿Qué más puede pedir, litros, y litros de bebidas con mucha graduación alcohólica, con los que puede emborracharse las veces que quiera. Un buffet libre de alcohol para toda la vida?

- ¡No quiero beber más! ¡Ustedes han conseguido que odie la bebida!

- ¿Está seguro de lo que dice?

- Segurísimo. Puede retenerme aquí para siempre, torturarme, pero jamás volveré a probar una gota de alcohol.

- No diga cosas que no pueda cumplir.

- ¡Jamás!

- Entonces morirá deshidratado, porque en nuestro territorio todo tiene alcohol, incluido el licor de manzana, el de bellotas, etc.

- Prefiero morir.

- ¿Está convencido de lo que dice?

- Por completo.

- Llévenle a la sala 5. Dentro de tres horas le vuelven a traer a mi presencia y dictaré sentencia.

Tras un rato de tránsito entre infinidad de recovecos, llegamos a la sala 5 donde, tras un imprevisto empujón con el consiguiente cierre de la puerta, me quedo a solas con mi arrepentimiento y las previsibles tentaciones alcohólicas. Transcurre el tiempo, no puedo decir cuánto, si mucho o poco, porque he sido despojado del reloj y del móvil, y no sucede nada. Estoy a punto de dormirme cuando se abre la puerta, entra un camarero empujando dos carritos. El primero contiene unas sabrosas y tentadoras viandas: jamón de jabugo, gambas de Huelva, ostras, caviar iraní, solomillo de ternera, patés, aceitunas, patatas fritas, piña en rodajas. El segundo botellas de cerveza, whisky, vinos, brandy y coñac, ron, ginebra, todo de primerísimas marcas. Antes de que puede decir algo, se adelanta el camarero.

- Todo esto es gentileza de la Asociación de Comerciantes del Mercado de Prosperidad, por participar tan activamente en la obra que nos va a convertir el Mercado en el más bonito de Madrid.

Sigo tan boquiabierto que soy incapaz de articular palabra. Cuando reacciono, me dirijo al camarero:

- Por favor, ¿puede darme un poco de jamón para empezar a abrir boca?

- Por supuesto, señor.

Junto al jamón me acerca una copa de un vino de primerísima marca.

- Puede llevarse el vino, solo me apetece comer.

- Lo siento señor. Cada plato tiene que ir acompañado de su correspondiente bebida.

- ¡No quiero beber! ¡Solo quiero comer!

- Perdone señor, van íntimamente unidos los platos de comida y su bebida correspondiente, no pueden separarse, van en perfecta simbiosis.

- ¡No quiero tomar nada que contenga alcohol! Me da asco, el olor de esta copa de vino me produce náuseas.
 - El tiempo para este ágape es limitado, si en diez minutos no comienza el consumo, me veré obligado a retirar la comida y la bebida.
 - No voy a beber nada.
- Tras un rato de silencio, el camarero sale de la habitación con los dos carros, y casi al unísono entran las dos personas que me trajeron a esta especie de sala en la que te ponen los dientes largos y el estómago al revés. Deshacemos los pasos anteriormente dados y me vuelven a llevar al auditorio donde el Sumo Bolinga está saboreando una enorme copa de cerveza.
- Me fío de usted. Ha superado positivamente la prueba, parece que está dispuesto a no volver a beber alcohol, por lo tanto no es bienvenido en este lugar y debe regresar a su mundo. Permitiré que le liberen, pero antes debe reiterar su renuncia al alcohol.
 - Tiene usted mi palabra.
 - Muy bien. ¡Doctor López, cumpla con su misión!
 - ¿Doctor López?
 - Si amigo mío, sí. Ha participado en la nueva terapia para la rehabilitación del alcoholismo

que estamos experimentando. Mi colega le inyectará una ampolla mediante la cual usted olvidará todo lo sucedido en el día de hoy, pero el subconsciente tendrá en cuenta esta experiencia en el momento en que intente ingerir una gota de alcohol.

Seguiremos su evolución, por supuesto sin que usted lo sepa. Tenemos depositada toda nuestra esperanza en usted, porque si nuestra terapia surte efecto en su persona, podrá realizarse con cualquier individuo que quiere abandonar este hábito. Hace el número veinte en diez años. Los diecinueve restantes llevan al menos dos años sin beber, desde que pasaron por nuestras manos. Sobra decir que el primero lleva diez años.

- Cuando quiera, doctor López.
 - ¡Qué frío tengo!. Las ocho de la mañana y durmiendo en un banco del Parque del Oeste. Esto no puede seguir así.
- Tengo media hora para llegar a la obra, no puedo permitirme llegar tarde otro día, porque ya no hay más oportunidades. Es evidente que tengo que asumir el problema que tengo con la bebida para poner fin a este infierno. Esta tarde me acercaré al ambulatorio para que me digan los pasos a seguir. ■